

La izquierda ausente

Félix Ovejero desmenuza la renuncia a moldear una nueva sociedad de aquellos que en otro tiempo asumieron ese cometido

ÓSCAR BUZNEGO

Ante el curso que ha ido tomando la historia, muchos reclaman la presencia de la izquierda. En su mayoría son nostálgicos convencidos, inasequibles al desaliento. Pero su llamada suele perderse, unas veces como voz en el desierto y otras, por el contrario, en medio del tumulto político, donde resulta imposible distinguir unas voces de otras. La izquierda, afirma Félix Ovejero en tono quejoso y rotundo, no está ni se le espera. No deja de ser irónico que se eche de menos a la izquierda justamente cuando parecía llegada su hora, con la última gran crisis del capitalismo. Las fuerzas políticas que ocupan el espacio de la derecha se reconocen fácilmente, pero con la izquierda no ocurre lo mismo, bien porque las etiquetas clásicas han sido borradas, los votantes han desahuciado a los partidos que la representan, o bien porque estos procuran camuflarse bajo otras apariencias.

El caso es que con el paso del tiempo y la dirección que parecen tomar los cambios sociales, en particular los que afectan a la desigualdad, la pregunta por la izquierda se hace más acuciante. Pero su formulación no es en absoluto reciente. El asunto lleva décadas provocando una perplejidad cada vez mayor. La cuestión fue planteada de manera inevitable y urgente tras la desintegración del bloque comunista. En su última entrevista, concedida dos años después de la caída del muro al sociólogo británico Steven Lukes, socialdemócrata declarado como él, Isaiah Berlin admitía una enorme confusión en torno al significado del término "izquierda", postulaba que su suerte había quedado definitivamente comprometida por la existencia de la Unión Soviética y, si acaso, aludía, aunque sin nombrarlo, a algún posible ejemplo en América Latina, un continente espoliado por la pobreza y la distancia entre las clases sociales, de un movimiento que pudiera ser considerado "de izquierda".

Hay quien adelanta la crisis a mayo del 68, el acontecimiento que hizo saltar en pedazos a la izquierda histórica, ya dividida, dando lugar a "la nueva izquierda". De acuerdo con esta cronología, Félix Ovejero sostiene que en París la izquierda volvió a la adolescencia política, donde según él sigue, perdida en inanidades que la distraen de la misión de perseguir los fines que desde su origen constituyen su razón de ser. Allí se dejó notar el desorden de la izquierda, que "anda mal, muy mal", como cada día ponen de manifiesto su indefinición ideológica, la impotencia ante los efectos negativos del proceso de globalización y la pérdida acelerada de apoyos electorales.

La izquierda ha cosechado en su historia grandes éxitos y fracasos catastróficos. Entre los primeros destaca el fuerte impulso dado a la democratización de las sociedades industriales mediante la palanca del sufragio universal y el Estado de bienestar, que fue en parte también un producto de las circunstancias históricas y



La deriva reaccionaria de la izquierda

Félix Ovejero

Barcelona, 2018; 381 páginas
25 euros

que, sin haber tenido un desarrollo completo, en la actualidad se ve sometido a un cuestionamiento que presagia un futuro diferente e incierto. Las adversidades que ha padecido la izquierda, han supuesto para ella un duro choque con la realidad y con la resistencia que oponen la naturaleza, la antropología y la complejidad de la vida social a su pretensión de lograr una sociedad igualitaria. Félix Ovejero revisa las dificultades que se interponen en la realización del ideal izquierdista a la luz de la experiencia histórica y propone los ajustes pertinentes en el diseño institucional de aquella sociedad y en la estrategia a seguir para alcanzarla. Con el dominio de los grandes debates teóricos que ya había demostrado en numerosas publicaciones, argumenta sobre las diferencias creadas por los imprescindibles incentivos, los fallos del estado, la conveniencia de atender las razones del liberalismo igualitario, las alambicadas motivaciones de los ciudadanos o el alcance insuficiente de las instituciones a la hora de reorganizar la sociedad, temas todos ellos incómodos, que la izquierda acostumbra a ignorar o esquivar.

Del razonamiento de Ovejero se deduce que la izquierda ha entrado en declive desde el momento en que ya no quiso tomarse en serio el ideal que le dio vida, dejó de pensar y se rindió a las tentaciones de la política fácil, el populismo y la competición electoral. Los textos reunidos en este libro, que corresponden a monografías, reseñas bibliográficas y conferencias, todos ellos publicados anteriormente, excepto la introducción, analizan sin prejuicios ni reservas de ningún tipo los desafíos y las flaquezas de las que ha ido quedando huella en la actuación histórica de la izquierda. El profesor barcelonés lleva su empeño hasta el final con todas las consecuencias y con una honestidad intelectual infrecuente en el análisis político. Todo es revisable, de acuerdo con las conclusiones de los estudios empíricos y analíticos, salvo los principios de la igualdad y el autogobierno en los que la izquierda, asegura, debe perseverar por encima de las vicisitudes, los dilemas y los contratiempos de su acción política.

El título del libro, sin embargo, dirige la atención hacia la inclinación que Ovejero percibe actualmente en ciertos sectores de la izquierda a asumir premisas nacionalistas, multiculturalistas y comunitaristas que tienen sus raíces en el pensamiento reaccionario, nacido contra las ideas ilustradas, de las que el socialismo es una continuación. Ovejero opina que este desvarío es todo un síntoma del estado de la izquierda, de su renuncia a moldear una sociedad distinta de individuos igualmente libres, su deslealtad hacia una tradición y la tendencia a convertir la ciudadanía en un mercado electoral segmentado, donde se hace una oferta específica a cada grupo social que proclama una identidad diferenciada con tal de obtener su conformidad.

Es probable que el acento que Ovejero pone en esta deriva de la izquierda tenga relación con la experiencia vivida en Cataluña, que le decidió a participar en la creación de plataformas de izquierda no nacionalistas y, posteriormente, en la fundación de Ciudadanos. La misma tendencia a archivar el ideario original y entregarse a las nuevas formas de hacer política, sensible a las emociones y de efectos inmediatos, se observa en la izquierda de todas las democracias avanzadas. La cuestión es si aquí reside la causa principal de la aflicción de la izquierda. Ovejero no acaba de centrar el gran problema que está en el origen de la debacle histórica de los partidos socialistas, pero da pistas suficientes para hacerlo. Deshace tópicos, descubre ángulos inéditos, lidia con paradojas contumaces y ensaya respuestas imaginativas con una disciplina mental férrea. El esfuerzo es digno de encomio. Pero quizá no baste y haya que pensarlo todo de nuevo, desde el principio, porque el ciclo histórico de la izquierda se esté agotando. ¿Podría suceder que el ideal del acceso igual a la libertad mantenga una vigencia plena, pero el socialismo no? ¿Tendría hoy audiencia y apoyo para gobernar una izquierda cosmopolita, igualitaria, que se propusiera transformar de verdad la sociedad capitalista?

E

ENTREVISTA

FÉLIX
OVEJEROPROFESOR DE FILOSOFÍA
POLÍTICA, PUBLICA "LA
DERIVA REACCIONARIA
DE LA IZQUIERDA"

Félix Ovejero.

“La izquierda recicla las ideas reaccionarias que combatió”

“El núcleo último del nacionalismo no es diferente del racismo o del sexismo”

ANDRÉS MONTES

La izquierda se distancia de su sustrato primordial de racionalidad y de sus ideales universales para dejarse de seducir por propuestas con las que en otros momentos históricos confrontó. Félix Ovejero (Barcelona, 1957), profesor de Filosofía Política en la Universidad de Barcelona, ahonda en su libro más reciente *La deriva reaccionaria de la izquierda* (Página Indómita) en el lastre de un sector ideológico del que cabría esperar respuestas en estos tiempos difíciles. A diferencia de otras visiones denigratorias de ese cambio, Ovejero, firmante del manifiesto que fue el germen de Ciudadanos, formación de la que se distanció tras el abandono de la socialdemocracia, analiza esa mutación desde dentro de la propia izquierda.

-¿En qué consiste la deriva reaccionaria que da título a su libro y cuando comienza, si es que podemos ponerle un principio?

-En el abandono de ciertos compromisos racionalistas, emancipadores y universalistas, por decirlo del modo más económico posible. La izquierda ha reciclado ideas profundamente reaccionarias que tradicionalmente combatió, desde la apelación a la identidad - como opuesta a la ciudadanía, de naturaleza igualitaria y universal- como fundamento de la comunidad política, del sentimiento y las emociones como justificación de los reclamos políticos - como opuesto a la imparcialidad y la justicia- o la comprensión, cuando no la defensa, de la religión -la acusación de islamofobia, por ejemplo- que poco tiene que ver con la democracia entendida con ejercicio compartido de la razón, como criterio de tasación de las propuestas acerca de la vida de todos). Sin que falte, por cierto, una mirada desconfiada hacia los resultados de la ciencia cuando se juzgan incómodos políticamente. Si remito a mayo del 68 es por lo que tiene de condensado, de dinámicas que son anteriores, y que, en lo esencial, suponen una infantilización romántica de la política.

-Usted sostiene que la izquierda ha abandonado postulados que estaban en su razón de ser desde la Revolución Francesa. ¿Cuánto de ello cabe atribuir a la propia evolución interna y cuánto a la propia sociedad, abonada a un presentismo que ignora todo pasado?

-Mi disección es, antes que histórica, analítica, de desmenuzar ideas. Además de las responsabilidades propias, entre ellas la ignorancia de que una parte del programa de la izquierda se ha realizado, basta con repasar los reclamos de la izquierda en los años de *El Manifiesto Comunista*, creo que para entenderlo habría que examinar algunas dinámicas de la propia democracia que alimentan el comportamiento irresponsable y miope de los ciudadanos, ajenos a las consecuencias de sus decisiones, preocupados solo por lo más inmediato, sin atender a los retos colectivos importantes, por ejemplo, aquellos que comprometen a las generaciones futuras.

-¿El proceso que expone es, ante todo, el de la progresiva pérdida de peso de la razón?

-Es un modo de resumir un conjunto de tendencias. Se podría decir de otro modo: es un progresivo aumento de tesis romántico-historicistas que, en sus versiones más extremas, están en el origen del pensamiento más oscuro, y con impli-

caciones políticas más sombrías, de la reciente historia europea.

-¿Podemos vincular esa deriva de la izquierda a su actual incapacidad para dar soluciones cuando en escenarios similares sí tenía algo que ofrecer?

-Más bien diría a una incapacidad para abordar retos nuevos con heurísticas, con esquemas interpretativos, que no sean puramente reactivos. Por ejemplo, más allá de una vacua palabrería, se ha despreciado la tradición republicana, asociada al imperio de la ley, a la universalidad de derechos y libertades, a la hora de abordar los conflictos culturales. Basta con ver el insensato apoyo a las identidades culturales de las comunidades autónomas, que están quebrando la igualdad de acceso a las posiciones laborales entre los ciudadanos. Lo que no tiene sentido es reajustar ese guion, esto es, debilitar esos principios, para acomodarse a sociedades compartimentadas, cada una con una supuesta identidad privada e intrasmisible, ininteligible para los otros.

“

No sé si el horizonte del capitalismo será superable, pero el del mercado creo que no

-Responda a su propia pregunta: ¿Cómo es posible que la peor crisis del capitalismo sea también la crisis de la izquierda?

-No diría que es la peor crisis. La última, al menos, nos ha cogido con protecciones sociales y algún conocimiento teórico no despreciable. En todo caso, lo indiscutible es que con la crisis del socialismo real y los fracasos de las políticas de “transición al socialismo”, las que pudo intentar aplicar la izquierda francesa de los años de programa común, de Mitterrand, muy pegadas a mercados políticos nacionales, lo único que quedaba era un defensa reactiva y acrítica del estado del bienestar. Había propuestas interesantes, como las renta básica, pero con un soporte político débil y, seguramente, no lo suficientemente articulada con otras propuestas. En todo caso, no sé si el horizonte del capitalismo será superable, pero el del mercado, que no es el capitalismo, me parece que no lo es, que está para quedarse.

-¿Cómo explica la seducción de la izquierda por el nacionalismo y el olvido de los auténticos fundamentos de la identidad?

-Esto es fundamentalmente un producto español. Y seguramente la explicación hay que buscarla en una falacia extendida por los nacionalistas y que la izquierda ha comprado: identificar España con el franquismo. La izquierda, en rigor, debe ser crítica con el nacionalismo que asume que la identidad es el fundamento de la comunidad política, que justifica privilegios, entre ellos, el de no redistribuir con los otros y establecer barreras arbitrarias (como los requisitos lingüísticos) para acceder a los trabajos. En su núcleo último, y más consecuente, el nacionalismo no es diferente del racismo o el sexismo: unos cuantos, en virtud de sus propios rasgos, reclaman sus

privilegios o unos derechos especiales, entre ellos, en el caso del secesionismo, el de privar a los ciudadanos de sus derechos en una parte de su país.

-¿Hay un exceso de tolerancia o de falta de criterio en la izquierda que termina por desdibujar lo que resultaría admisible y lo que no?

-Mejor una falta de criterio a la hora de soportar. Lo digo porque la izquierda ha recalado en nuevos puritanismos que están vetando el debate de ideas en nombre de los sentimientos, de una cultura de la queja que invoca, sin más argumentos, el “me siento ofendido” para prohibir las discusiones. En EE UU eso ya ha llegado a las universidades. Si los resultados empíricos de una investigación se juzgan peligrosos o molestos u ofensivos se intenta acallarlos. Un delirio que, por lo pronto, ignora la naturaleza normativa de los ideales emancipadores. Confundir hechos y valores es la falacia más antigua del mundo.

-Usted cuestiona que el estado de bienestar sea una conquista en los términos en que ahora se nos presenta y que tiene ya un grado de institucionalización que dificulta su regresión. ¿Es así?

-El Estado del bienestar no es el resultado de un proyecto meditado, planificado, como pueda ser un proyecto urbanístico o, más cercanamente, la renta básica. Es un proceso de decantación histórica, como lo puede ser la globalización. Nadie dijo nunca “vamos a globalizar”, como nadie dijo “vamos a fundar el feudalismo”. Por supuesto, en el Estado del bienestar hay conquistas sociales, educación, sanidad, seguro de desempleo. Pero también están las huellas de los poderosos, de quienes tienen más capacidad de hacerse escuchar, grupos de interés organizados, cada uno tironeando de sus cosas, en una guerra posicional, sin que importe la calidad moral de sus exigencias.

-¿Coincide con quienes identifican la desigualdad como el mayor problema a que nos enfrentamos ahora?

-Sí. Sin duda, estamos mejor que hace cien años. También los que están peor. Pero reconocer eso no puede llevarnos a ignorar que, entre otras cosas, las agudas desigualdades socavan las experiencias compartidas, sitúan a los ciudadanos en mundos alejados y, por ese camino, minan las condiciones de la democracia. Es otro modo de encapsular identidades, estas sí, bien reales.

-¿Cómo corregir esa deriva reaccionaria de la izquierda?

-Por lo pronto, no errando el diagnóstico, como sucede cuando se dice que la renovación de la izquierda pasa por renovar sus principios. Los valores no caducan. La igualdad, la libertad, la autorrealización o la fraternidad valen tanto hoy como hace doscientos años. El reto está en cómo los institucionalizamos, en cómo nos sirven de guía ante realidades nuevas y, sobre todo, en cómo los preservamos en los escenarios políticos como las democracias modernas, poco sensibles a la racionalidad, que funciona alentando emociones, prioridades del corto plazo y encañallamiento de la vida cívica. Eso, entre otras cosas, reclama estudiar en serio, facturar buena teoría social, no charlatanería que opera con palabras conjuro. Resulta muy fácil invocar “el heteropatriarcado capitalista” como el origen de todos los males, pero si no se precisa algo más, nos quedamos igual o peor. Hay pocas cosas más penosas que el léxico de la corrección política. La extensión en los últimos meses de la palabra “migrante” no creo que haya mejorado en nada la vida de quienes llegan a nuestras costas; si acaso, la de quienes facturan esos inanes productos.